

EDITORIAL

Hace un año, en el editorial del número 22(1), de marzo de 2004, expresábamos nuestra preocupación por «una cierta desafección de quienes fueron parte del germen inicial de la revista...: los profesores interesados en la mejora de la enseñanza», invitando a la reflexión colectiva «sobre los pros y los contras de la orientación actual de la revista...». Hacíamos también «un llamamiento a todos los lectores y colaboradores para que contribuyan, con sus críticas y sugerencias a que *Enseñanza de las Ciencias* siga siendo un instrumento de mejora de la enseñanza y del aprendizaje apoyada en la investigación».

Hemos de reconocer que no ha habido un gran aluvión de cartas con comentarios en ese sentido; sin embargo, sí hemos recibido algunos escritos con observaciones y sugerencias de manera que nos ha parecido interesante abrir una discusión en el apartado de «Debates», de la revista. Le hemos encargado a José María Oliva, autor de una de dichas misivas, que expusiese sus ideas en forma de artículo, como primera aportación a un debate que desborda la propuesta inicial relacionada con la revista y plantea el arduo problema de la relación entre investigación y docencia.

Entre quienes han manifestado su opinión, predomina la idea de que *Enseñanza de las Ciencias* se ha afianzado como una revista académica de didáctica de las ciencias (y de las matemáticas) pero que ha dejado de interesar a la mayoría de los profesores de enseñanza secundaria y bachillerato en activo. Se critica la progresiva disminución del interés por la práctica cotidiana de la enseñanza de las ciencias (y de las matemáticas) en las aulas; se expresa cierta decepción por la divergencia que se percibe entre las necesidades de los profesores y los objetos de estudio de los investigadores.

Es evidente, aunque nadie se haya pronunciado en este sentido, que en la etapa actual de reconocida consolidación de los departamentos universitarios de didáctica de las ciencias (y de las matemáticas), *Enseñanza de las Ciencias* ha atendido la fuerte necesidad de publicación de los trabajos de investigación que se están realizando en el área hispanoamericana. Además, y gracias a un riguroso sistema de revisión de artículos por asesores expertos, podemos afirmar que se publican «los mejores». Pero sigue en pie una pregunta: ¿cuáles son los criterios de calidad que aseguren una contribución realmente a la mejora de la educación científica de nuestros estudiantes?

Hacemos un llamamiento a participar con nuevas ideas en el debate que iniciamos en este número de la revista.